

Matteo TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo redondo (1905-1936)*, Granada, Comares Historia, 2017, 311 pp., ISBN: 9788490454985

Miguel Ángel Ruiz Carnicer
Universidad de Zaragoza

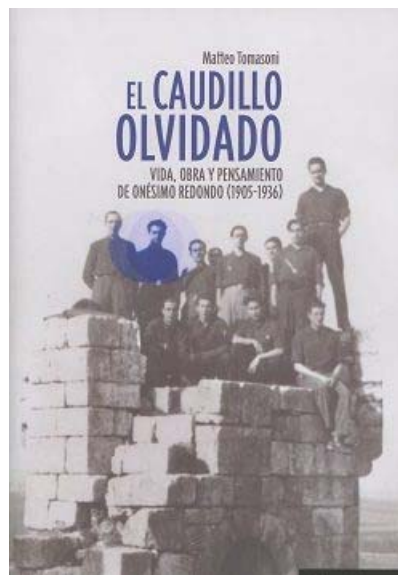
El caudillo congelado

En febrero de 2016 se iniciaron los trabajos de desmontaje del monumento a Onésimo Redondo que recibía los vientos castellanos en el cerro de San Cristóbal de Valladolid. Era una aplicación tardía de la ley de Memoria histórica de 2011, al igual que tardía fue la erección del monumento, 1961, cuando el régimen avizoraba ya otro tipo de discurso que no era el de la reafirmación del fascismo que se rebeló ante la II República, y la modernidad que traía el desarrollismo se iba perfilando ante sus ojos.

Las casi cinco toneladas de este conjunto escultórico mostraban una perfecta definición de lo que fue o quiso ser el fascismo, mejor seguramente que algunos de los gruesos y eruditos trabajos que realizamos en el gremio de historiadores: un campesino, un estudiante, un obrero, un combatiente y el eternamente joven castellano -Onésimo nunca conoció la vejez; murió con 31 años- que aparecía como síntesis de ello. Redondo venía a sustanciar –al menos en el imaginario del franquismo- las pulsiones culturales y políticas de un tiempo denso y duro en la Europa de entreguerras pero también de todo el proceso de fascistización de una parte importante de la sociedad española que había llevado a la guerra y la *victoria*.

Este Onésimo Redondo Ortega que aparece retratado en el libro del estudioso italiano Matteo Tomasoni, muy integrado en el mundo de la historiografía profesional contemporánea española, ha tenido un encaje difícil en la historia del franquismo salvo como un mito menor, un “ausente” de segunda en comparación con el “gigante” José Antonio, auténtico mito fundador del régimen –en el hueco que Franco le dejó, claro está-. Su memoria fue mantenida por el cambio de nombre de su pueblo natal, Quintanilla de Abajo, y la pervivencia de su recuerdo en algunos monumentos y conmemoraciones castellanas como uno de los pocos líderes políticos castellanistas del siglo pasado.

Onésimo Redondo (para muchos Onésimo, usando la exaltación propia del uso del nombre de pila como toda identificación) es una muestra casi perfecta del proceso de fascistización que experimenta un joven agrarista –en realidad, enamorado del campo y sus ritmos y estaciones- y católico, inquieto y de orden a la vez radicado en la provincia castellana en la segunda mitad de los años veinte y en los años treinta. El punto de partida es un entorno religioso tradicional de rígida observancia ritual y un contexto rural en el sentido de conexión con la naturaleza y lejos del *artificio* urbano, muy ligado a la tierra y a las tradiciones. El joven



Redondo va a experimentar una socialización religiosa a través de los Jesuitas (va ser uno de los jóvenes *luises*) y luego en el seno del catolicismo político de los propagandistas con el propio cardenal Herrera Oria y su hermano Luis como mentores. Este es el punto de partida de este joven formado como abogado en Salamanca y luego vuelto al mundo del cooperativismo remolachero vallisoletano, aunque sus crecientes inquietudes políticas le llevaron a convertirse en un ejemplo de cómo surge un dirigente fascista de forma casi autodidacta a partir de sus experiencias intelectuales: lecturas de Menéndez Pelayo, Maeztu, autores tradicionalistas del XIX, Sorel y *Mein Kampf*; estancias en el extranjero como la influyente estancia en Mannheim en 1928-29, la experiencia vital en la Castilla deprimida de sus años o publicaciones como *Acción Española*. A partir de ahí, Redondo se va construyendo como un sujeto político crecientemente movilizado y atraído por una idea nacionalista muy potente, que bebe en el mismo contexto cultural europeo del fascismo italiano y el nazismo alemán y que le lleva a ir más allá de la *blandura* con que los dirigentes propagandistas y la propia Iglesia defienden una causa puesta según él en jaque por el judaísmo, el bolchevismo y la masonería, apoyados todos ello por el gran capital.

El retrato que Tomasoni nos presenta aquí, y que ha contado con documentación nueva de carácter epistolar y personal como apuntes de lecturas y esquemas para charlas halladas por el investigador, nos muestra un Redondo que va más allá de ese carácter conservador y sobre todo religioso que le ha hecho aparecer históricamente como un precedente agrarista y anticuado de un fascismo que se apoyaría en los elementos auténticamente modernizadores de la derecha radicalizada como Ramiro Ledesma Ramos o el propio José Antonio Primo de Rivera. Nos encontramos sin embargo con un dirigente dispuesto a la utilización de la violencia, admirador de Hitler y de su modelo político como más acabada unión de nacionalismo basado en una comunidad ideal, claro defensor de los modelos corporativos en lo económico y representativo y, quizá el rasgo más curioso en el contexto español, un decidido antisemita, editor y difusor de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, que hará de la denuncia del judaísmo uno de sus rasgos más marcados. Mientras que el antisemitismo no tiene presencia apenas en los textos y discursos de sus compañeros en la construcción del fascismo hispano, aquí nos encontramos con una temprana denuncia de los planes judíos que en el caso de España pasaban por una II República que para él era la encarnación de todos los enemigos del esencialismo menendezpelayista de España que era la base más firme de su visión política. Así lo proclama como director de *Libertad*, en su faceta periodística o más bien de agitador político.

Es ese rechazo a la República de 1931 lo que le lleva a extremar su movilización política, colaborando con la sanjurjada y sufriendo por ello el exilio en Portugal. Denunciará el separatismo catalán con gran tenacidad y participará de la necesidad de un levantamiento contra las autoridades republicanas a cuyos dirigentes tildará públicamente de asesinos. No hay duda del grado de compromiso con un 18 de julio que aunque él no pudiera preparar por estar detenido por el gobierno frentepopulista, era completamente consecuente con sus ideas e iniciativas pues para él la supervivencia de España como nación pasaba por la eliminación del régimen republicano.

El aporte de este trabajo pues no es tanto las ya conocidas aventuras políticas del vallisoletano que le llevaron a la creación de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, luego a la formación de las JONS para finalmente converger en el partido FE y de las JONS ya bajo la dirección joseantoniana, sino el retrato completo y complejo, íntimo incluso, que se nos

hace de un joven convertido en un ejemplo de un proceso de fascistización comparable a cualquier otro dirigente de segundo nivel de los fascismos europeos. Su pronta muerte –casi accidental- en una escaramuza inicial de la guerra le dejó congelado en el tiempo, ajeno a lo que sería el desarrollo de la guerra, y su resultado, el establecimiento del régimen franquista. Su utilización posterior y la propia proyección de su esposa, Mercedes Sanz Bachiller, luego casada en segundas nupcias con otro de los dirigentes jonsistas de primera hora como Javier Martínez de Bedoya, contribuyeron a mantener su memoria y la identificación con la construcción política de los vencedores.

En ese sentido, la peripecia vital de Redondo reafirma algunas ideas fuerza que el prologoista de la obra, Ferrán Gallego, ha defendido en *El evangelio fascista*: que el contexto europeo para la extensión del fascismo marca y explica también el caso español y la dictadura franquista y que no se puede hacer una división tajante entre sectores católicos y sectores fascistas o fascistizados pues hay unos elementos comunes y una importante identidad de objetivos que se puede resumir en la necesidad de la contrarrevolución y la destrucción de la democracia. Redondo, con su rosario diario y su misa cotidiana, partidario de un acuerdo con Acción Nacional y luego con la CEDA y otros sectores *nacionales*, no tuvo problema en ser un relevante agente para la fascistización de muchos jóvenes castellanos y a la hora de conformar un movimiento que era la versión española de una oleada internacional que impregnó Europa.

Redondo será el elemento de menos peso en el triumvirato original del fascismo español, pero se convierte en ejemplo de libro del proceso de radicalización que define toda una época. Frente a Ramiro Ledesma, Onésimo se mantuvo siempre fiel a José Antonio tras la ruptura en 1935 en el seno del fascismo español, lo que le dio un perfil más leal pero también más conformista en comparación con el heterodoxo Ledesma Ramos, quien por ello pudo ser recuperado desde fines de los años cincuenta y en los sesenta por los sectores críticos del falangismo que reprochaban al franquismo su instalación en la mediocridad y su traición a los objetivos acerados de una España nacional-sindicalista por la que muchos lucharon en la guerra. Tomasoni dedica en sus conclusiones algunas páginas a ese uso de la memoria del llamado Caudillo de Castilla durante el franquismo, aunque hubiera sido muy oportuno desarrollar más este tema de la utilización de su figura por el régimen y seguir la pista de las citas que se le hacían, su presencia en los medios falangistas, o la conmemoración de su *martirio*.

Y es que el franquismo se apropió sin problemas de este líder castellano dado que aglutinaba los principales elementos de lo que fueron los alzados, por su alineamiento con José Antonio en los días de división del fascismo hispano y por el peso que el factor castellanista va a tener en la caracterización de la España victoriosa en contraste con los separatismos derrotados. Castilla, esa Castilla milenaria que se conmemoraba en 1943 aparecía retóricamente como la referencia y ejemplo de la nueva España, algo que hubiera complacido mucho a su extinto defensor.

En todo caso, Redondo será una figura que no tendrá la misma capacidad de erigirse como una referencia de peso a nivel nacional como sus antiguos camaradas. De ahí esa tardía fecha de 1961 a la hora de erigirle un monumento en su tierra natal y la relativa discreción de su figura durante la dictadura franquista, siendo un nombre más en la retahíla de protomártires y mártires de la causa: Calvo Sotelo, Ruiz de Alda, Onésimo Redondo y por supuesto, el “ausente” José Antonio.

Tomasoni argumenta que es el “Caudillo olvidado” por el escaso número de estudios sobre su dimensión y trayectoria. Desde luego su recuperación hay que verla como un aporte muy relevante a la hora de reconstruir el proceso de fascistización de tantos jóvenes de los años veinte y treinta, con su interacción de factores filosóficos, políticos, sociales, económicos, culturales y vitales que hacen posible lo que llamamos fascismo del periodo de entreguerras. Aquí tenemos espléndidamente dibujado el tránsito de cómo un joven católico, de orden, activo propagandista y rezador habitual se convierte en un defensor de la acción violenta contra el enemigo político, un convencido antisemita y un heraldo del nuevo amanecer nacional que en realidad estaba teñido de sangre y miseria.